

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 196

25 cts

18 NOVIEMBRE
1928

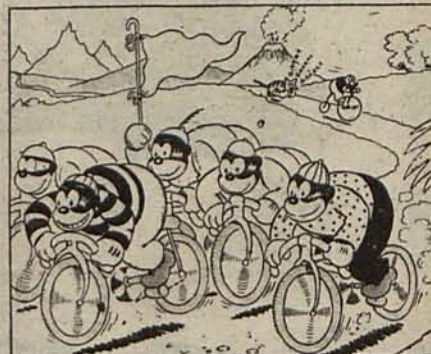


- ¿QUE PINOCHO; ¿QUÉ VALE MÁS, LA LUNA O EL SOL?
- EL SOL.
- PUES NO SEÑOR, PORQUE LA LUNA NOS ALUMBRA DE NOCHE Y EL SOL ALUMBRA DE DÍA QUE NO HACE FALTA.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

Godunov ya no podía contener su cólera; pero lo intentaba para evitar un conflicto que habría comprometido el buen éxito de su empresa.

—¡Zegedin —le dijo—, si te es cara la vida de tu padre, la tuya y la de tu tribu, apártate de ahí y déjame libre el paso!

—¡No! —dijo Zegedin sencillamente, con acento de fatal resolución.

Godunov echó una mirada a su alrededor; los cosacos aguardaban una señal para arrojarle sobre Zegedin o sobre el viejo.

Por su parte, los zingaros temblaban de ira; mostrábanse dispuestos a vender cara su sumisión.

Patko, verde de espanto por la tragedia que estaba a punto de suceder y que él mismo había provocado, manteníase aparte mudo y sombrío. En la oscuridad brillaban las hojas de los puñales zingaros y los cañones de las pistolas cosacas.

Godunov extendió un brazo para agarrar a Zub.

Los ojos de Zegedin lanzaron chispas.

—¡Tú no tocarás a mi padre! —dijo la joven estrecheciéndose de una ira salvaje.

Godunov lanzó una carcajada estridente.

Ni zingaros ni cosacos se movieron. La temeridad y audacia de la hija del voivoda imponía a todos un silencio, mezcla de estupefacción y de respeto.

—¡Tienes razón! —exclamó Godunov con la voz entrecortada por los hipoes de su estridente y sarcástica carcajada—. ¡Tienes razón! ¡No quiero mancharme las manos con el contacto de este puerco a quien tú llamas padre! ¡Déjame hacer a mí!

Y azotando fuertemente el aire con el *knut*, levantó amenazador el vil instrumento sobre las espaldas del viejo; pero no llegó a tocarlas.

Dando un salto de pantera, echando por las pupilas rayos de furor, Zegedin, la temeraria zingara, lanzóse contra Godunov, arrancóle el *knut* de la mano y, levantándolo en el aire con gran ímpetu, lo dejó caer sobre el rostro del oficial.

El seco rumor del latigazo resonó en el silencio entre el general estupor.

Godunov, más aterrorizado que ofendido por aquel arranque de increíble y ciega audacia, quedóse un momento inmóvil, como estupefacto, y se llevó una mano al ensangrentado rostro. Pero el ardor del resentimiento y de la cólera y la excitación del espasmo recobraron inmediatamente sus derechos sobre él, haciendo además de arrojarle sobre la joven, la cual aguardábalo impávida, empuñando el *knut* en su brazo, aún estremecido.

—¡A mí, cosacos! —gritó Godunov con voz terri-

ble—. ¡Degollad a esta manada de bandidos que ha ultrajado a un oficial del Czar!

Los cosacos abalanzáronse sobre los zingaros, que los esperaron a pie firme, con los puñales desenvainados.

Godunov había ya extendido la mano para agarrar en un mismo tiempo al padre y a la hija, cuando oyóse la voz de Zegedin, aguda y cortante, dominando la confusión:

—¡Deteneos todos en nombre del Czar!

Y mientras Godunov estaba a punto de ahogarla, ella levantó la mano derecha, haciendo centellear una joya ante sus ojos.

Godunov vaciló, y aflojando sus manos, cayó casi de rodillas murmurando confuso:

—Zanobia Calozky...

La joven contempló al furioso asaltante de poco antes humillado a sus pies y lanzó una mirada de soberbio triunfo al rincón en donde Patko temblaba, livido de asombro.

Luego Zegedin, con la altivez de una reina, le hizo levantar la cabeza a Godunov, diciéndole con acento que no admitía réplica:

—¡En nombre de tu dueño y señor te ordeno que salgas inmediatamente de aquí con tus cosacos!

Godunov, reprimiendo a duras penas el tumulto de pasiones que agitaban su alma, inclinó la cabeza para ocultar la sangrienta huella del latigazo recibido.

Zegedin estaba silenciosa.

Godunov volvióse hacia sus soldados ordenándoles salir. Después, andando hacia atrás y con la cabeza baja, como si se encontrara delante del mismo Czar, dirigióse a la puerta. Cuando hubo llegado a ella dijo con humildad:

—¿Tienes otras órdenes que darme?

—¡Vete! —dijo la zingara majestuosamente.

Godunov desapareció.

Pocos minutos después trotaba con sus cosacos, con la cabeza baja, por el camino de San Petersburgo. En su cerebro torbellineaban mil sombríos pensamientos de atroz y despiadada venganza.

En la cabaña de los zingaros Zegedin echó una mirada a su alrededor buscando a Patko; pero no lo vió. ¡Patko había desaparecido misteriosamente!

XVI

El «cordial».

Era la segunda vez que un concurso de acontecimientos tan extraños como fantásticos obligaba a Godunov a renunciar a su empresa. La primera tuvo que ceder a una fuerza mayor y desconocida, tal vez a alguna brujería urdida contra él por aquel sabio tan singular, al cual la Facultad de San Petersburgo casi había descalificado, alejándolo de su seno, y que debía de ser un aventurero del ocultismo y de la magia.

Ahora había tenido que ceder a una fuerza menos oculta, pero no menos poderosa y terrible: a la voluntad de Zanobia Calozky, la rutena, la cual había conquistado toda la fe y confianza del Czar, y sin la cual, el señor de toda la Rusia, no daba ningún paso, tanto en su vida política como privada. Si la joven zingara quería, toda la corte habríase echado a sus pies: tan convencido estaba todo el mundo de que lo que Zanobia Calozky quería, queríalo también el Czar. Entre otras cosas, hasta se contaba que Zanobia había hecho ver al Czar sobre un gran lienzo blanco una vaga proyección, en la cual el emperador había reconocido a Port-Arthur en ruinas, viendo saltar su flota por el aire a consecuencia de una explosión. Una serie de otras desventuras y, por último, toda la sangrienta tragedia ruso-japonesa decíase que había ido apareciendo en aquel lienzo.

Esta visión quedóse impresa en la mente del Czar, y cuando los acontecimientos respondieron exactamente a ella, la fe del poderoso señor en la ciencia de Zanobia no tuvo límites. La joven habría podido inducir al Czar a llevar a cabo cualquier acción que ella hubiese querido.

Godunov pensaba, estremeciéndose, en todo esto. ¿En qué habrían venido a parar sus perversos designios sobre Vera si la rutena hubiese convencido al Czar de la inocencia de los cuatro terroristas y acusase a él, Godunov, de ocuparse de sus resentimientos particulares antes que de la seguridad de su señor? Zanobia podía conseguirlo todo del Czar, aun cuando fuera su muerte inmediata. Ante esta duda, el oficial sentía triplicarse el despecho por su doble derrota y por el fracaso final que le amenazaba, al mismo tiempo que por el ardor de la venganza.

Era absolutamente necesario que él penetrase en el cubil de los que perseguía antes de que Zanobia pudiera realizar cualquier acto en su defensa; es decir, inmediatamente. De pronto Godunov, que paseábase animadamente por la fortaleza adonde había conducido los cosacos, dióse una palmada en la frente.

—¿Pero qué necesidad tengo —murmuró como hablando consigo mismo— de apoderarme de Shasky, de Wassili y de Nadia? A mí me basta con Vera —pensó el oficial, mientras iluminaba su rostro un resplandor infernal—; Vera y el brujo —añadió—; el brujo, que ha creído inutilizarme... ¡Ah, desdichado! ¡Desdichados de ambos! —murmuró Godunov, rechinando los dientes en reprimido arranque de cólera.— ¿Pero cómo separar a Vera de sus amigos?

En seguida pensó en Sofía Duda, la madre del mártir. Tal vez pudiera, sobornando a Sonia, inducir a la ciega a llamar a Vera a su lado. Pero después del último engaño, la enferma habíase hecho muy desconfiada, y además, ¿caso era seguro que Sonia se dejase sobornar? Mientras que Godunov pasaba con febril rapidez y con fecundidad admirable de un plan a otro para atraer engañada a la infeliz joven, presentóse un soldado que le llevaba una carta.

Era del general Sadoff, el anciano padre de Vera, el cual, debilitado por los años y herido en el corazón por la fuga de su hija, estaba gravemente enfermo y próximo a morir.

Godunov, que en aquel momento tenía la cabeza en otra cosa, que no en el general, apenas si leyó la carta,

haciendo un gesto de impaciencia. El soldado aguardaba la respuesta.

El general Sadoff explicaba al capitán la gravedad de su dolencia, diciéndole que, previendo su próximo fin, le rogaba que acudiese a su lado para escuchar su última voluntad.

Godunov continuaba con la carta entre las manos, midiendo la habitación a grandes pasos, maldiciendo aquel contratiempo, que venía a distraerlo, en que necesitaba toda su serenidad y energía. Pero sus vacilaciones fueron breves. No podía por menos de atender a los deseos del general.

—Ve, ya te sigo —le respondió al soldado—. Y se puso en marcha, pensando en su fuero interno despa- char cuanto antes la ingrata e importuna tarea, para tomar en seguida una resolución que lo pudiese sacar rápidamente de la embarazosa situación en que se encontraba.

Godunov no encontró al general en el lecho, como creía, sino en una butaca con la muerte impresa en el rostro, pero en plena posesión de todas sus facultades mentales.

El médico que lo asistía le informó al visitante del estado del enfermo.

—El general Sadoff —le dijo— no se muere de ninguna enfermedad, ni de vejez. Su cuerpo está sano, y su vigor aún podría sostener durante largos años el trabajo orgánico de su vida...

—¿Entonces...? —murmuró Godunov impaciente.

—Es que el general Sadoff se muere de pena.

Cuanto decía, el médico, era la pura verdad.

Lo que el general ocultaba cuidadosamente a los ojos de todos, lo que no quería confesarse a sí mismo, ni aun en sus más secretos soliloquios, no había escapado al examen de la ciencia. El viejo soldado, bajo la ruda y a veces brutal corteza del hombre de armas y de la disciplina, escondía un corazón bueno y abierto a los mejores sentimientos. Habiéndose quedado viudo muy joven, reconcentró todo su afecto, aunque sin demostrarlo, en la única hija que Dios le había concedido, amando a Vera con todas las fuerzas de su alma. Pero habría creído abdicar de su fiereza y decoro de soldado valiente, si hubiese demostrado tal afecto por medio de la dulzura y la indulgencia; así es que, cuanto más amenazaba con estallar de su corazón, tanto mejor lo disimulaba bajo ásperos e ingratos modales.

Por otra parte, el temperamento impetuoso y audaz de Vera habíale hecho menos dura su tarea, mereciéndole mucho más a menudo dureza y recriminaciones que dulzura y confianza.

Cuando Vera, por librarse de su matrimonio con Godunov, habíase fugado de la casa paterna, el general demostró despreciar y olvidar a su hija; pero su corazón de padre, combatido entre el orgullo ofendido y el natural afecto, sufrió tal herida que, ahora, conducíalo a la tumba. No obstante, y a pesar de lo que habíale dicho Godunov, el general no quería creer que su hija hubiese hecho causa común con los enemigos de la monarquía, que para él representaba la mayor de las perfecciones.

(Continuará en el número próximo.)

COLORÍN Y SU PANDILLA



¡ESTE UNIFORME DE CARTERO QUE ME HA REGALADO EL TIO LUIS ES ESTUPENDO, SI HALLASE ALGUNAS CARTAS VIEJAS PODRIA FINGIRME CARTERO AUTENTICO!



31 Febrero 1882
Mi muy amada Sinfoniana, papá ha visto con gusto nuestro proyectado enlace y ha prometido regalarnos un kilo de juletas para los dientes y dos cajas de crema para el cabello de color. Esto se pone de color de rosa. Siempre siempre Sinenando Sietevelas





EN LA PAISIA BIEL GUZZIERATTE

CUENTO POR E. SALGARI

(Continuación.)

»Mis soldados en tanto volían a cargar contra el bosque, para evitarme contraofensiva, y yo me puse a rociar el rostro del martirizado y le obligué a beber unos sorbos de ginebra que llevaba en mi cantimplora.

»El viejo, que debía tener la piel bien dura, abrió de pronto los ojos y me dijo:

—Gracias, señor oficial. El capitán Lalland os agradecerá que hayáis salvado a su fiel siervo. Si llegan a tardar un poco más, esos rebeldes me matan.

Abrazó después a su hijo, al que hizo sentar a su lado acariciándole la cabeza.

—¿Quiénes eran los rebeldes? —pregunté.

—Pertenecen al cuerpo de ejército del lugarteniente de Nana, el feroz Sikka.

—¿Iba con ellos el lugarteniente mismo?

—Sí, señor.

—¡Qué lástima que se haya escapado de nuestras descargas! ¿Es cierto que quería hacerme confesar dónde has escondido a la mujer y al hijo de mi amigo Lalland?

—Cierto es, señor.

—¿Dónde están ahora?

—En un lugar seguro con un paria compatriota mío que habita en un bosque muy espeso. También él es del Guzerate, y todos nosotros somos amigos de los ingleses porque nos protegen.

—¿Han destruido la casa del capitán?

—De aquella hermosa vivienda no queda nada, y las inmensas plantaciones de índigo y cáñamo han sido incendiadas. No se cómo pudo saber Sikka que la mujer y el hijo del capitán se habían refugiado en esta su casa de campo, y ayer por la mañana le vi aparecer con cincuenta jinetes.

»Yo sabía que Sikka había jurado exterminar a la familia del capitán, así que estaba en guardia y aposté centinelas en el bosque vecino. Apenas me apercibí de la presencia del bandido, hice montar a la esposa del capitán en un veloz caballo y yo monté con su hijo, hasta que nos pusimos a salvo en el espeso bosque en que habita mi amigo.

»Cuando regresaba a casa del capitán para recoger a mi hijo, a quien no pude llevar conmigo por falta de tiempo, fui sorprendido por los soldados del lugarteniente de Nana y me han hecho lo que han visto.

—¿Has confesado dónde está escondida la señora Lalland? —pregunté.

—¡Oh, no, señor! —exclamó el paria, ¡jantes hubiera muerto que decirlo!

—¿Me quieres decir por qué

tienes tanto cariño al capitán?

—Porque siendo joven me libró de las garras de un tigre que ya había devorado a mi mujer.

—¿Sabes por qué odia tanto Sikka al capitán?

—Le odia porque en un encuentro mató a su her-



mano, que mandaba a los insurrectos de Benarés.

—Llévanos adonde está tu compatriota —dije—; Sikka podría volver con refuerzos o quizá dé con el escondite de la familia Lalland.

»Hice tocar el clarín poco después para que se agrupasen mis hombres, y al frente de los veinticuatro lanceros, y precedidos del paria del Guzerate y de su hijo, nos internamos bajo el bosque para intentar salvar a la señora de Lalland y a su hijo.

»No estaba muy tranquilo, sin embargo, pues me informé por el paria de que hacia Lonknoso había numerosas bandas de rebeldes.

»Como estábamos a pocas millas de aquella ciudad, que era el cuartel general de la insurrección, temía que Sikka cayese sobre mí con un buen número de caballos y cazase mi columna, que, como es sabido, era demasiado débil.

»El paria, que adivinaba mis intenciones, nos condujo al través de cierta montaña, cubierta de bosques, donde no eran fáciles las incursiones de los rebeldes, y que, además, era poco frecuentada por los habitantes del país a causa de los numerosos tigres que allí había.

»La noche nos sorprendió bajo aquellas inmensas plantas y nos vimos obligados a acampar para no correr el peligro de extraviarnos. Apostamos algunos centinelas y se encendieron hogueras para ahuyentar a las fieras y procurarnos algún descanso.

»Nuestros temores no se confirmaron, y, contra todas las previsiones, la noche transcurrió bien tranquila. Sin embargo, apenas despertamos, vi aparecer al paria con el rostro descompuesto.

—¡Señor oficial —me dijo—, vámonos corriendo!

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Los rebeldes nos dan caza.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace poco me he subido en un árbol alto y he visto bri-

llar puntas de lanzas en medio de los barrancos que conduce a este lugar

—¿Está lejos la cabaña de tu compatriota?

—En dos horas habremos llegado, si Sikka no nos cierra el camino.

»Mandé levantar el campo recomendando a todos el más profundo silencio, y nos pusimos nuevamente en marcha, procurando mantenernos sobre la cresta de la montaña, a fin de poder rechazar con más ventaja cualquier ataque.

»Tres horas después llegábamos a una cabaña formada de troncos de árboles, escondida entre algunos bananos colosales, que la ocultaban completamente.

»Sin el paria era indudable que nunca hubiéramos logrado encontrarla.

»La señora Lalland y su hijo, avisados de la presencia de jinetes ingleses, salieron inmediatamente. La valiente mujer se arrojó en mis brazos, llamándome su salvador. Había pasado dos días de angustia inenarrable, temiendo a cada instante ver aparecer por allí a los rebeldes, que hubieran dado buena cuenta de ella.

»Sabiendo que íbamos perseguidos, di enseguida la orden de marchar sin retraso hacia Benarés, la única ciudad de la India donde podíamos desafiarnos tranquilamente la rabia de los insurrectos de Sikka.

»Apenas hube cogido entre mis brazos a la señora Lalland y confiado el niño en brazos de un cabo de toda mi confianza, recibimos una descarga de los rebeldes, que hirió a varios de nuestros caballos.

»Los rebeldes habían caído sobre nosotros en número tal, que no era posible entablar un combate sin llevar la peor parte. Por fortuna, todos eran de infantería, y sólo el jefe, el lugarteniente de Nana Sahib, montaba a caballo.

(Continuará en el número próximo.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



MIRA, CURRINCHE; HOY QUE ESTAMOS REUNIDOS YO Y TÚ EN SESIÓN SOLEMNE VAMOS A TRATAR DE ASUNTOS MUY SERIOS. ¡PIDO LA PALABRA!

SU SEÑORÍA TIENE LA PALABRA



RESPECTABLE PÚBLICO UN SERVIDOR SABE UN SECRETO PARA ENCONTRAR UN TESORO QUE ESTÁ OCULTO. SI ALGUNA PERSONA LO DUDA NO TIENE MÁS QUE DEJARSE HIPNOTIZAR Y SE CONVENCERÁ

PIDO LA PALABRA



SI SU SEÑORÍA ME DA LA MITAD DE LOS TESOROS QUE ENCONTREMOS, MI SEÑORÍA SE DEJA HIPNOTIZAR

PIDO LA PALABRA PARA DECIR QUE SI, Y NI UNA PALABRA MÁS



FIRMA EL CONTRATO Y NO HAY MÁS QUE HABLAR

YA ESTÁ

YO NO VEO AHÍ MÁS QUE UN BORRÓN

ES QUE DEBAJO DEL BORRÓN ESTÁ LA FIRMA



QUIETO UN MOMENTITO Y EN SEGUIDA QUEDAS HIPNOTIZADO... ¡A LA UNA! ¡ALAS DOS! ¡Y ALAS TRES! ¡ZIS! ¡ZAS! ¡YA ESTÁ!



¿ESTAS HIPNOTIZADO, CURRINCHE?

SI, SEÑOR

¿CONTESTARÁS LA VERDAD A TODO LO QUE YO TE PREGUNTE?

SI, SEÑOR



PUES A VER SÍME DICES AHORA MISMO QUIEN HA SIDO EL LADRÓN QUE ME HA SACADO LOS CUARTOS DE LA HUCHA QUE YO TENÍA ESCONDIDA ENCIMA DE UN ARMARIO

HA SIDO UN NIÑO MUY MALO QUE ENTRÓ POR LA CHIMENEA.



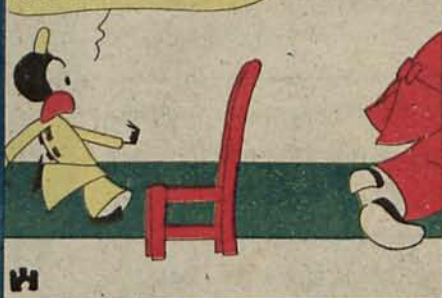
OYE, RICO. ¿Y TÚ SABES DONDE ESTÁN ESOS CUARTOS?

SI SEÑOR, LOS ESCONDÍ ESE NIÑO EN EL COLCHÓN DEL CATRE QUE HAY EN LA BUHAR DILLA



¡JE, JE! ¡CÓMO LE HE HECHO CANTAR CLARO! VOY CORRIENDO POR MI DINERITO

¡QUE TE CREES TU ESO! EN SEGUIDITA VAS A SABER DONDE TENGO YO ESCONDIDOS LOS CUARTOS!!



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA.**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





¡CATAPLAM! ¡CATAPLUM!

CUENTO DE CALLEJA DE LA
NUEVA SERIE "BARBILÓN"

(Continuación.)

confió el Barón de Alto-Roble para defender su hacienda, precisamente al bribón que quiere apoderarse de ella?

Ante aquellos insultos merecidos, el Conde se puso lívido, abandonando la máscara de hipocresía que hasta entonces había conservado, se volvió hacia sus soldados, que, apiñados tras él, esperaban sus órdenes, y gritó con voz de trueno:

—¡Basta de contemplaciones!... ¡Sus!... ¡Sus!... Prendedlos a los tres y traédmelos cargados de cadenas... ¡Al que se resista, matadle!

Pero entonces Barbilón dió un feroz alarido, que detuvo a los soldados que ya subían al asalto con las picas en ristre, y dijo:

—¡Detente, Conde de Rocadural!... Antes de pasar adelante en tus criminales intentos, conviene que sepas lo que le sucedió al Conde de Morrofuerte en un caso parecido al tuyo...

Y como nadie se movía, Astolfo tomó por aquiescencia lo que únicamente era estupefacción, y colocándose en la postura de los bardos, un pie delante del otro, el cuerpo echado hacia atrás y la abierta boca apuntando al cielo, empezó así:

—¡El Conde de Morrofuerte
mató a su hermano en la
[guerra!...

La afición a los romances de caballería en aquellos tiempos, la serenidad de Barbilón y su mismo atrevimiento, detuvieron a los soldados en su primer impulso, y hasta el mismo Conde, suspenso ante la novedad del caso, adoptó una actitud pasiva. Barbilón, lleno de orgullo por el resultado obtenido con los dos primeros versos del romance, miró de reojo al montón de enemigos detenidos unos escalones más abajo, carraspeó un momento para hacer voz, y acompañándose de grandes golpes en el escudo, empezó a cantar nuevamente con voz algo destemplada, pero formidable en sonoridad:

—¡El Conde de Morrofuerte
mató a su hermano en la guerra!
Ay... Ay... Ay...

¡Mató a su hermano en la guerra!

Lo mató lleno de envidia
por su fuerza y su fiereza.

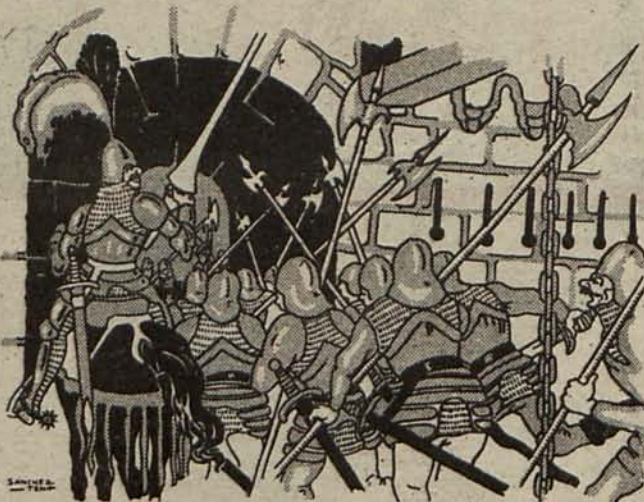
No le mató con la espada,
tampoco con la ballesta.

¡Le mató de una pedrada
en mitad de la cabeza!

El golpe fué tan tremendo,
y la piedra tanto pesa,
que le aboyó el fuerte yelmo
y le arrancó la cimera.

No pudiéndose valer,
dió con su cuerpo en la tierra,
más su lengua tristemente
le habló de aquesta manera:

«Morrofuerte, mal her-
[mano,
mi maldición será eterna.





Ay... Ay... Ay...
¡Mi maldición será eterna.

—¡Cállate ya, mala lengua!
¡Cállate, que me das penal!

«¡Que tu mujer te abandone,
que tus hijos no te quieran,
jamás disfrutes de paz

ni venzas nunca en
[la guerra!

»¡Cuando comas,
[que tus dientes

se te claven en la lengua,
y si vas de cacería
jamás cobres una pieza!

»En el verano te hieles,
en el invierno te cuezas...
¡Ojalá un ogro devore
tu nariz y tus orejas!...»

El Conde, cuando esto oyó,
huyó a muy lejana tierra...
Ay... Ay... Ay...
Huyó a muy lejana tierra.

La maldición de su hermano
empero no daba tregua.

Su mujer le abandonó,
sus hijos no le recuerdan...
¡Mala suerte tuvo en todo,
lo mismo en paz que en la guerra!

Un día salió de caza
y topó con una fiera,
que matándole el caballo
dió con su cuerpo en la tierra.

De un zarpazo le clavó
las uñas en la mollera,
y después se le comió
la nariz y las orejas.

El Conde de Morrofuerte
murió de mala manera

—¡Qué! —dijo Barbilón cuando hubo terminado de
cantar su romance—. ¿Nos dejas el castillo y te vas, o
continúas en tus propósitos malvados, expuesto a que

tus sobrinos te echen una maldición equivalente a la
de Morrofuerte?

Pero el Conde, sonriendo, le dijo:

—¡No creas que tú sólo eres poeta!... Y a fe que si
tu canción llega a durar un poco más, no me hubiera
extrañado que hubiesen caído rayos y centellas en-
vuelto en un poco de agua...

»¡Pero ahora verás cómo te contesto!

Y adoptando la misma postura
que Barbilón, del que imitó la voz,
empezó a cantar, con gran algazara
de sus soldados:

—¡Barbilón, escudero
de la roja pelambrera!

Tan pronto como te coja
castigaré tu insolencia.
Pelo a pelo arrancaré
los de tu barba y cabeza.

Y cuando ya estés pelado
y veamos tu faz fea...
entonces, ¡te haré colgar
de lo alto de una almena!

¡Barbilón, Barbilón,
sacarás la lengua fuera!

—Aunque la poesía era tan mala
como la anterior, fué infinitamente
más celebrada, y los lansquenets se
rieron destempladamente durante
toda su enunciación. Al terminar gri-
taron a coro con la misma música:

—¡Barbilón, Bar-
[bilón,
sacarás la lengua
[fuera!

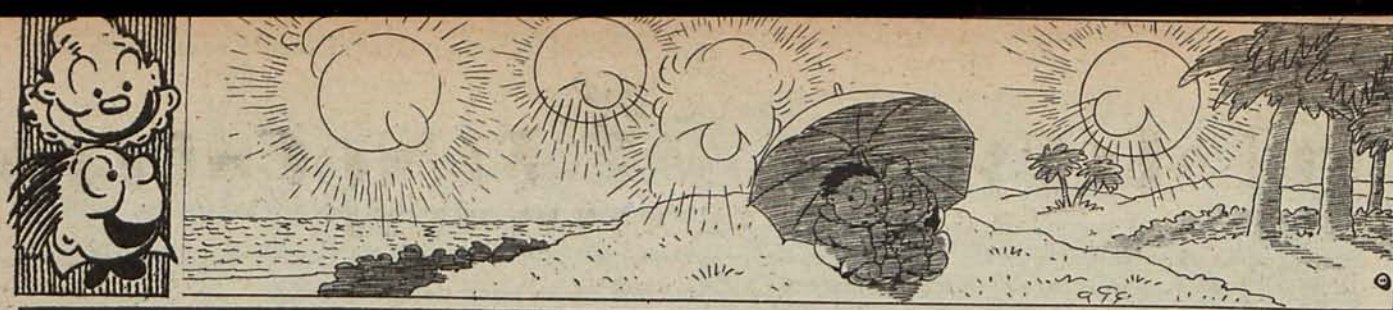
El Conde impuso silencio y volvió
a dirigir la palabra a sus sobrinos:

—¡Ea, entregaos y entregadme
también a ese loco!

—¿De modo, Arnaldo, que per-
sistes en tus malos propósitos?

(Continuará en el número próximo.)





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Hoy vamos a hablar de una cosa que cuando tú la sepas te vas a quedar helado.

—¿Tan sorprendente es?

—No tiene nada de eso. Al contrario; es una cosa vulgarísima; pero tan fría, tan fría, que deja helado a cualquiera.

—Ya me figuro qué cosa es. El hielo. ¿Verdad que sí?

—Exacto. Hoy quiero que me digas cómo se fabrica el hielo. Y quiero también que me digas si es bueno o es malo tomar refrescos con trozos de hielo dentro.

—Primero, hablemos de su fabricación, y luego ya comprenderás tú mismo en qué estriba la bondad o la malignidad del hielo.

—Conforme. Yo respeto siempre tu sabia opinión.

—Tú ya sabes, querido Chonón, que para pasar un cuerpo del estado sólido al líquido, o del estado líquido al gaseoso, necesita mucho calor.

—Lo sé desde que era muy pequeñito. Un trozo de plomo necesita derretirse para pasar al estado líquido, y para derretirse necesita mucho calor. Del mismo modo, si ponemos un puchero con agua en la lumbre, se irá convirtiendo en vapor a medida que hierve, y llegará un momento en que toda el agua del puchero habrá pasado al estado gaseoso. Todo ello a fuerza de calor.

—Muy bien. Veo que dispones de una admirable memoria. Igual que el agua pasa del estado líquido al gaseoso, pasan otra porción de líquidos. Pero algunos, como el alcohol y el éter, no necesitan de fuego para evaporarse, y les basta con robar el calor del sitio donde se hallen. Por eso notarás que si te frotas la frente o las manos con alcohol se siente una gran impresión de frialdad, y ello es debido a que el alcohol, para evaporarse, te ha quitado el calor de las manos o de la frente.

—Lo comprendo muy bien; pero me parece que nos hemos apartado del tema del hielo.

—No lo creas. Te he citado el ejemplo del alcohol para que veas uno de los procedimientos para enfriar una cosa. Si envuelves un botijo lleno de agua en un paño bien empapado de alcohol se refrescará el agua del botijo porque el alcohol, al evaporarse, le quita mucho calor. Pues bien; hay cuerpos, como el amoníaco, que para permanecer en estado sólido es preciso que estén sometidos a grandes presiones, y en cuanto se les deja expansionarse se convierten

en gas, necesitando para ello absorber una gran cantidad de calor, y enfriando, por lo tanto, cuanto tienen a su alrededor. Aquí estriba el secreto de la fabricación del hielo.

—Que para mí va dejando de ser secreto, porque me parece que voy ya adivinando el modo de helar el agua. Mezclándola con amoníaco.

—No digas disparates, Chonón. Sería una mezcla en extremo venenosa. Debes discurrir mejor las cosas. No es preciso recurrir a la mezcla para producir el enfriamiento. Existe un procedimiento muy sencillo y muy práctico, que es el que se emplea en la fabricación del hielo. Consiste en hacer que el amoníaco pase poco a poco por unos tubos de hierro, donde se convierte en gas casi espontáneamente. Estos tubos cruzan en todas direcciones un gran depósito de agua fuertemente salada, a la que se llama salmuera. Al convertirse el amoníaco en gas absorbe el calor de la salmuera y la enfría extraordinariamente.

—La dejará helada.

—El agua salada no puede helarse; pero si dentro de ella se sumergen envases de lata llenos de agua, ésta se helará, y ya tenemos el hielo fabricado.

—El procedimiento es sencillísimo. Dime ahora si es bueno o malo beber líquidos que contengan trozos de hielo.

—Si el agua de que se ha obtenido el hielo es pura, puedes tener la seguridad de que el hielo es también puro, y, por tanto, no ofrece peligro ninguno; pero si se ha obtenido de aguas impuras, es tan malo el hielo como el agua de que se obtuvo. El hielo bueno debe obtenerse con agua destilada.

—Entonces, mi querido buho, las cámaras frigoríficas donde se conservan tan bien los alimentos se enfrían por el mismo procedimiento, ¿no es eso?

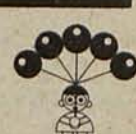
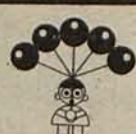
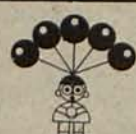
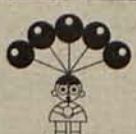
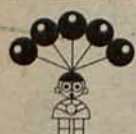
—Desde luego; pueden enfriarse por el sistema del amoníaco y la salmuera. Otras veces se hacen pasar corrientes de aire frío por su interior. Todos los sistemas obedecen al mismo principio, o sea aprovechar la propiedad que tienen los gases de necesitar gran cantidad de calor para expansionarse.

—Comprendido.

—Pues, entonces, si te parece, nos expansionaremos también un poquito y nos iremos a dar un paseo. ¿Qué te parece?

—Admirable. Vamos allá.

—Cuando tú quieras.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



De paseo.
PEDRO A. PÉREZ.



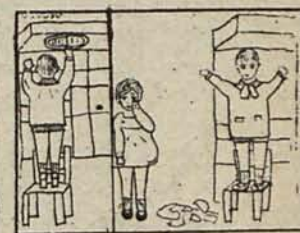
Mi amigo Pepin.
ANGEL DÍAZ.



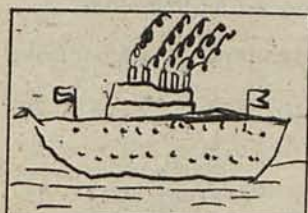
Currinche.
M. ESCOLÁ.



Currinche.
L. COELLO.



Por curiosos.
NIEVES BANDRÉS.



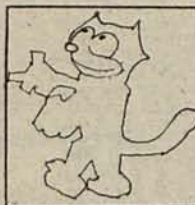
Un crucero.
ANGEL LABORDE.



Pierrot.
MERCEDES POCH.



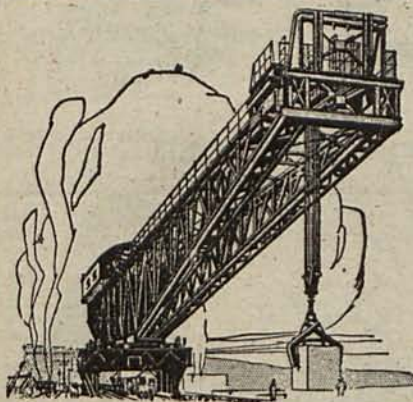
El barco de Pinocho y Pirula.
ENRIQUE DE ANTONIO.



Morranguis.
ALFONSO BENAYAS.



Barco de vela.
FERNANDA PASTRANA.



El Meccaninfo de hoy es el ingeniero de mañana

No existe en todo el mundo otro pasatiempo que pueda rivalizar con el de construir modelos Meccano ó que proporcione tanto interés y diversión. No solo no hay límite al número de modelos que pueda construir el Meccaninfo, sino, una vez acabados y listos para funcionar, puede manejarlos de la misma manera que los verdaderos ingenieros hacen funcionar en la práctica los mecanismos de nuestras fábricas é industrias.

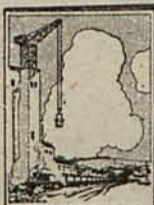
El juguete Meccano es como si fuese una inagotable fuente para los jóvenes, facilitándoles el poder proyectar nuevos mecanismos y nuevas estructuras y permitiéndoles convertir concretamente sus más recientes ideas. En el año actual los Equipos Meccano son más completos y más superiores que nunca.

Pida á su proveedor detalles de todas las innovaciones Meccano del año.

Equipos desde Ptas 12.50 a Ptas 1100.00 en los principales Bazares y Librerías

Insista que su equipo lleve la marca Meccano

MECCANO



Pídanos este magnífico librito

Este nuevo librito "El Tesoro de la Juventud" contiene pormenores completos de nuestro Meccano.

Nuestro Agente tendrá sumo gusto en enviarle gratuitamente este magnífico librito, al recibir sus señas, así como las de tres de sus camaradas. Indique el número 15 á continuación de su nombre, como referencia

Agente para España y Portugal:

José Palouzié Serra (Sección 15), Industria 226, Barcelona

Producto de MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS GUARDIANES DE LA FINCA



¿Veis esta casa de campo? Su dueño tuvo que emprender un viaje por el extranjero y la dejó, al parecer, abandonada a merced de los malhechores... Pero, sí, sí... ¡Cualquiera se acerca! Para defenderla están ocultos ocho terribles perros dispuestos a todo..., ¿lograréis vosotros descubrirlos? Intentadlo. Pero andad con ojo no os vayan a morder...

LUCHA DE RAZAS



Hoy vamos a echar el día a perros... Aquí tenéis cuatro matrimonios de ellos... y tres de gatos... Pero están siempre riñendo. Es preciso separarlos por parejas, trazando solamente tres líneas rectas y sin que ningún perro haga pareja con ningún gato... ¡Mano al lápiz, pinochistas!

DIBUJO CON ERRORES



Aquí tenéis a estos tres pinochistas, que han salido de casa aprisa y corriendo porque se les ha pasado la hora del colegio y así van ellos!, ¡llenos de errores! Como que suman seis nada más los que tienen los dos chicos; la chica, al fin mujer, es más arregladita y no tiene ninguno.

ANITA

BUEN-CORAZON



Sección Pirula



PIRULA, DECORADORA

Para aprovechar los viejos sombreros de fieltros.—Suele decirse de lo que no acaba nunca que «dura más que un pantalón de pana»; también podía decirse: «más que un sombrero de fieltro».

Y es que los sombreros de fieltro son casi eternos; ¡ah!, claro que no bajo su forma de sombreros; al año siguiente a la compra, el sombrero se presta a una reforma; quizá aún pueda reformarse una vez más; luego resulta inservible.

Pero solamente es inservible como sombrero; todos esos viejos sombreros de fieltro de todos los colores, vuestros, de mamá y de papá, que cada año van a engrosar la colección que llena cajas y cajones en la casa, parecen trastos inútiles y yacen olvidados... hasta que llega Pirula a despertarlos y a utilizarlos para fabricar con ellos objetos preciosos, muy originales... y nuevos.

Nada más aprovechable que el fieltro, por viejo que esté, pues basta con una plancha caliente y un paño mojado para darle la forma que se quiera; en el caso presente, lo mejor es que no tenga ninguna.

En efecto, lo que vamos a hacer con nuestros viejos fieltros va a ser recortarlos en trozos, que uniremos luego para obtener almohadones de modernísimo tipo.

Lo más difícil es la cuestión de colores; evitaremos cuidadosamente las combinaciones de colores chillones, que tanto nos agradan en ciertos casos, tales como algunos bordados en lana y labores de paño recortado. A ser posible, evitaremos hasta la unión de colores diferentes.

Y nos limitaremos para cada almohadón a un delicadísimo *degradé*, formado por varios matices de un solo color suave, neutro.

Es de suponer que no disponemos de sombreros de varios matices de un mismo color; y hasta es de suponer que todos los viejos sombreros de fieltro han ido adquiriendo con el tiempo, con el sol, con las lluvias, tonos bastantes deficientes. Será, pues, necesario teñirlos.

Para ello utilizaremos sucesivamente colorantes y tintes caseros; hoy se encuentran con facilidad en todas las droguerías muchos, cuyo procedimiento es sencillo y seguro.

Lo más difícil es obtener los diversos matices deseados; para ello no hay más recurso que el de echar la pastilla o los polvos del tinte en mayor o menor cantidad de agua.

Llevada a cabo la difícil operación del tinte, lo demás es coser y cantar; mejor dicho: cortar, coser y cantar.

Cortaremos los fieltros en trozos desiguales, pero siempre geométricos: cuadros, triángulos, rectángulos, círculos y semicírculos.

El estilo geométrico es el más adecuado para esta clase de trabajos, así como también para los de cuero.

La pegadura de los trozos se hace por el revés, y las puntadas resultan invisibles, ocultas en el espesor del fieltro.

Claro que el sobreponer los trozos, pegándolos sobre el fondo, resulta infinitamente más fácil que unirlos unos a otros; pero no cabe hacerse ilusiones, el efecto no es completamente el mismo.

Unidos o sobrepuestos los trozos, obtendremos almohadones de muy buen gusto y muy modernos, combinando, por ejemplo, todos los matices de gris, desde el tono plomo hasta el blanco perla; o todos los matices de marrón, desde el café oscuro hasta el *beige* pálido.

Y ya, puestas a trabajar y a aprovechar los viejos sombreros de fieltro, no nos limitaremos a la confección de almohadones, sino que también realizaremos toda suerte de objetos, tales como cubrelibros, tapetes o cinturones.

PIRULA, REPOSTERA

Golosina de noviembre: «Mermelada de castañas».—«Castañas calenti guiri guiri...», cantan en la popularísima zarzuela *Alma de Dios*.

«¡Calentitas!», vocean las viejas de toquilla negra, colocadas ante su hornillo, en las esquinas de las calles madrileñas.

¡Qué buenas, qué sabrosas, qué reconfortantes resultan las castañas asadas en los días de invierno! Pero no siempre hemos de comer las castañas «calentiguirigui»; también nos gustan en dulce, o sean los deliciosos *marrons glacés*, ¿verdad?

Pues bien; la mermelada, cuya receta os voy a dar, se parece en sabor a los *marrons glacés*, y no le iguala, afortunadamente, en el coste.

Se mondan y limpian cuidadosamente las castañas y se cuecen en agua hirviendo, sin sal, hasta que quedan convertidas en un fino y claro puré.

Por otra parte se hace un almibar en la proporción de cinco kilos de azúcar para un litro de agua.

Cuando el almibar lleva hirviendo un rato, se echa en él el puré de castañas, así como unos trocitos de vainilla. (Podéis, si os parece, sustituir la vainilla por canela.)

Se deja que hierva una media hora corrida, sin cesar un momento de removerlo con un cucharón de madera.

Cuando ya no queda nada de agua, se retira, se deja enfriar un poco; muy poco, y se echa en tarros de cristal; cuando está completamente frío el dulce, se cubren los tarros como si se tratara de una mermelada cualquiera... y se guarda.

Si, golositas Pirulindas, se guarda ese dulce riquísimo para saborearlo más tarde, cuando haya pasado el invierno y no podamos comer ya, recién asadas, las «castañas calentiguirigui» que nos ofrecen ahora las viejecitas de toquilla negra en las esquinas de las calles madrileñas.

